

—“La teoría revolucionaria en Latinoamérica”, que publicamos en estas páginas configura la segunda parte del artículo aparecido en nuestro No. 795 de fecha 18 de Septiembre de 1977, bajo el título: “Las nuevas corrientes ideológicas en Europa”.—Ambos debidos a la pluma de Mario Zapata.

Hasta la revolución cubana, el interés de los teóricos marxistas por América Latina era muy reducido. “Coto de caza” de los Estados Unidos y bien controlada en el plano económico, político y militar, gracias a su situación geográfica, Latinoamérica aparecía retrasada en los movimientos de liberación nacional de los países del Tercer Mundo. Así, por ejemplo, la literatura soviética sólo se refería a los “movimientos de liberación nacional de los pueblos de Asia y Africa”. Los pueblos de América Latina eran mencionados raramente y en esos casos ocupaban un modesto tercer o cuarto lugar en la lista de las actividades revolucionarias del mundo.

Los considerables efectos ejercidos por la revolución cubana sobre el vecino continente, estimularon los análisis de los teóricos. Se puede afirmar que su principal interés residía en los efectos inmediatos y posibles de la acción del “castrismo” sobre los más próximos países latinoamericanos.

A finales del año 1960 los politólogos marxistas consideraban que América Latina tenía que hacer frente a dos problemas fundamentales e interdependientes. El primero, era la explotación y dominio de los Estados Unidos. El segundo, la gran propiedad de tipo semifeudal en la agricultura. Estos dos problemas, y sobre todo el primero, debían unificar el movimiento revolucionario en Latinoamérica. En esas fechas, eran cinco las grandes tareas comunes a los países de esa región:

- 1.—Introducción de una reforma agraria radical.
- 2.—Limitación de la esfera de inversiones del capital extranjero.
- 3.—Superación de una especialización económica consistente en el suministro de materias primas a los países industrializados.
- 4.—Desarrollo de la industria nacional.
- 5.—Establecimiento de relaciones económicas con los países socialistas.

El análisis “clasista” de los teóricos revolucionarios giraba sobre estos problemas. En el plano interior, el enemigo principal era la “oligarquía agraria” o los “latifundistas” considerados como la clase más reaccionaria. Este sector se consideraba el principal freno al desarrollo de las fuerzas productivas de cada país. Constituían, también, la principal fuerza de obstrucción a la democratización de la vida política; las jerarquías eclesiásticas y los mandos militares dependían de ellos o eran sus aliados. Con la gran burguesía ligada a los intereses imperialistas del exterior, los latifundistas representaban el principal sostén de la dominación económica americana a causa de su inmovilismo en el plano económico y su conservadurismo político. En consecuencia, la lucha de liberación contra el imperialismo pasaba por la lucha contra los latifundistas y en favor de la reforma agraria.

Para llevar a buen fin esa lucha era precisa la alianza entre los campesinos, la clase obrera y la “burguesía nacional”. Esta última era considerada como un aliado no despreciable. Opuesta por una parte a la gran burguesía que la arruinaba o limitaba su desarrollo, se mostraba sumamente interesada en el mercado interior, lo

que la transformaba en enemiga de los latifundistas y un buen aliado para una reforma agraria que multiplicara la actividad interna del país. En el plano político, la burguesía nacional estaba interesada, por consecuencia, en la instauración de la democracia que, en las condiciones de América Latina, no podía más que adoptar una forma progresista y antimperialista.

Por eso, la revolución cubana, en su primera fase, representaba el modelo por excelencia para América Latina: los teóricos marxistas destacaron su reforma agraria y la nacionalización de las empresas norteamericanas. A partir de ese momento, “la historia coloca a Cuba en la vanguardia del proceso revolucionario de América Latina”. Es de destacar que por parte soviética, al menos, se observa un silencio absoluto en cuanto a la pertinencia para América Latina de la lucha armada que había conducido al éxito a la revolución cubana. Este silencio se mantendrá hasta 1963. Por su carácter general, refleja una línea política en consonancia con las tesis del mundo socialista sobre la no intervención en los asuntos internos de otros pueblos.

Pero, además, había otras razones para ese silencio. Los llamamientos de Fidel Castro a la guerrilla continental parecían a los dirigentes soviéticos susceptibles de despertar la hostilidad de algunos gobiernos latinoamericanos contra el gobierno cubano. La guerrilla a escala continental no les parecía practicable ni defendible. Y no deseaban mezclarse en el debate abierto en todo el continente sobre el tema de la lucha armada. Esta “neutralidad silenciosa” les permitía, al menos en una primera etapa, no herir susceptibilidades de un bando ni de otro. A pesar de todo, esa neutralidad denotaba una preferencia general (pero no exclusiva) por medios de lucha distintos a las armas. Para el movimiento comunista internacional lo más importante era la corriente de simpatía creada hacia la revolución cubana que tenía por corolario el desarrollo y acentuación de los sentimientos anti-norteamericanos.

La revolución cubana parecía así haber creado condiciones favorables sin precedentes para la unidad de acción de todas las fuerzas progresistas

de América Latina en la lucha contra el imperialismo.

Sin embargo, puede ser útil señalar que no todos los partidos comunistas latinoamericanos coincidían con las tesis expuestas por los soviéticos en 1959 en su intento de revalorizar el papel de la burguesía nacional en el proceso revolucionario del Tercer Mundo. El secretario general del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi, manifestó sus reservas en un artículo escrito para la World Marxist Review poniendo en guardia contra el peligro de asimilar la burguesía nacional de América Latina, de Asia y la de Africa. En los países de estos últimos continentes, afirmaba Arismendi, la burguesía nacional es mucho más radical y nacionalista porque apenas acaba de salir de la dominación colonial. Más aún, al estar allí menos desarrollado el capitalismo, las contradicciones entre el proletariado y la burguesía son menos fuertes y, en consecuencia, esta última se rendirá menos fácilmente al imperialismo. En América Latina era distinto. Se corría el peligro de conceder un protagonismo a la burguesía nacional en detrimento de la clase obrera, es decir de los partidos comunistas, el núcleo más fuerte y mejor organizado de las distintas clases sociales del país. Los temores de Arismendi eran fundados. En 1960 y 1961, los textos soviéticos que preconizaban un frente unido de las fuerzas progresistas en América Latina, pasaban, generalmente, en silencio la necesidad del papel dirigente del partido comunista pareciendo así hacer una distinción entre América Latina y el resto del mundo. El ejemplo de la revolución cubana parecía transformarse en regla de conducta (con la sola reticencia de la lucha armada) para un sector del movimiento comunista internacional.

La adopción por parte de la conferencia de los partidos comunistas en noviembre de 1960, del concepto de “Estado de Democracia Nacional” dio la razón a los dirigentes comunistas uruguayos. Poco después de la conferencia, uno de los asistentes escribía en términos claros y acusadores: “Cualquier definición de la unidad de las fuerzas antimperialistas que sacrifique o reduzca el papel dirigente

del Partido Comunista es un concepto erróneo y toda subestimación de este papel es fatal para la revolución”. Otros partidos comunistas latinoamericanos participaban de ese punto de vista: brasileño, argentino y cubano, especialmente.

Por razones similares, muchos partidos comunistas podían tener sentimientos ambivalentes en relación con la revolución cubana y las posiciones soviéticas. Sin duda alguna que esos partidos apoyaban la revolución de Fidel Castro y se beneficiaba con ello del fortalecimiento de las fuerzas de izquierda que ello entrañaba en América Latina. Sin embargo, no eran los únicos en beneficiarse. Por todas partes se formaban grupos (principalmente de estudiantes radicalizados) que se identificaban con la revolución cubana íntegramente: sin reservas. Las declaraciones soviéticas afirmando que Cuba representaba la vanguardia del movimiento revolucionario de América Latina, difícilmente podían ser aceptadas por los partidos comunistas sin conceder un crédito implícito a estos núcleos. Las reservas soviéticas sobre la revolución cubana no eran explícitas. Se manifestaban principalmente a través del silencio. Es sin duda significativo que un dirigente del PC de Uruguay prefiera presentar la revolución cubana como “una indicación de que el continente ha entrado en una nueva fase de la lucha antimperialista”.

En estas condiciones, puede parecer paradójico que estos partidos reconocieran sin ambages a Cuba como un régimen socialista antes que la Unión Soviética lo hiciera. Pero la paradoja no es más que aparente. A partir del momento en que Fidel Castro declaró a Cuba socialista, fusionando sus fuerzas con las del PC cubano, los partidos comunistas de Latinoamérica estaban en mejor posición para afirmarse como los representantes únicos del “castrismo” en el continente. Será preciso esperar algún tiempo antes de que Fidel Castro se encargase de precisar lo contrario.

En noviembre de 1961, Arismendi escribía casi triunfalmente: “Cuba ha elegido la vía del socialismo. Su ejemplo pone la revolución a la orden del día en Latinoamérica”. Insistía así

La Teoría Revolucionaria en Latinoamérica

(Segunda Parte)

Mario ZAPATA

El Guerrillero Sobrevivió 23 hr Tras su Captura

Hoy, Hace 10 Años, Cayó el "Che" Guevara

PARTE II

El relato prosigue:

"En el pequeño montículo, donde está preso el "Che", los soldados hacen funcionar una vieja radio PRC-10, para comunicarse con el puesto de comando.

"Está con nosotros 'Papá'...

"No puede ser, repitan... —responden del puesto de comando.

"Está con nosotros 'Papá', él se ha identificado".

El periodista boliviano sostiene que confirmada la identidad del guerrillero, el capitán Gary Prado, el oficial de mayor graduación en el campo de combate, ordena comunicar la noticia al comandante de la Octava División del Ejército boliviano, coronel Joaquín Zenteno Anaya (muerto el año pasado en París).

"Morocho (subteniente Totti Aguilera) a Saturno (coronel Zenteno Anaya).

"Saturno escucha a Morocho, Hable...

"Saturno, tenemos a 'papá'...

"La palabra 'papá' retumba en el cerebro de Saturno...

"(...) son las 16.30. Ha sido confirmada oficialmente la noticia de la caída del Che".

El relato da cuenta luego del traslado del "Che" a la aldea "La Higuera".

"Son las 20 horas.

"El 'Che' ha sido acomodado en la pequeña escuela de La Higuera. Le servirá de prisión..."

La crónica del periodista continúa: "La noche ha pasado. Lunes 9 de octubre.

"Por la puerta ingresa una joven. Una de las 3 maestras de La Higuera. Julia Cortez, así se llama, ofrece una sopa al guerrillero argentino. El 'Che' la toma (...)"

El 9 de octubre llegan a La Higuera, a bordo de un helicóptero, el coronel Joaquín Zenteno junto con otros jefes militares y Félix Ramos, cubano-norteamericano, capitán del ejército de Estados Unidos y agente de la CIA. La suerte del "Che"

había sido decidida.

"Son las 11.15

"Las consultas sobre la suerte del 'Che' fueron hechas. El gobierno y el alto mando militar en La Paz han decidido liquidar al comandante guerrillero.

"Un suboficial, Mario Terán, entra a la habitación. Observando a Guevara están 2 soldados y 2 oficiales. Estos se retiran. En la puerta hay un centinela. El suboficial, rudo en sus movimientos y torva la mirada, se aproxima al prisionero. Este haciendo un supremo esfuerzo, apoyando su espalda a la pared, se incorpora dificultosamente.

"El suboficial reacciona. Da media vuelta. Se para, ahí, en el umbral de la puerta.

"El hijo de p... eres vos... —responde airadamente.

"En fracción de segundos dispara su carabina (...).

"(...) el 'Che' está muerto, tendido en el suelo, sobre un charco de sangre".

El Sol
9.10.77